

que habian matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenian ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allí dejé, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenia ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hácia el Poniente, de buen camino, y en aquella playa tienen los indios neófitos sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir interin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patricios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision inacomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un dia de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo

sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, á que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándoles las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demás misiones.

CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junipero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capítulo XXV, como porque concebía de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junipero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavía mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazón con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarlo, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avíos pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el dia 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecía en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitán y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las ciento y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenían de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad; se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paquebot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junipero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigía á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contra tiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junipero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Perez á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Veíase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envié para Monterey con la recua de los vi-

veres que remitia el comandante Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el ánimo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar á la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de víveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junipero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demas auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acaecimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedía de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el dia siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pudiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hicieronlo así, y después de cantada la misa, se juntaron los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junipero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se

sacrificaba, se embarcó en el expresado paquebot San Carlos, que salió de San Diego el 20 de octubre, y después de quince días de navegación dió fondo el 4 de noviembre en San Blas, sin haber experimentado novedad alguna en el viaje. Desembarcó en aquel puerto el venerable padre, y se halló con las novedades que demostrará el capítulo siguiente en la copia de la carta que insertaré, las cuales habria sabido en San Diego si se hubiera dilatado en salir algun corto tiempo, pues se las escribí por setiembre en carta que llevaron los padres que le enviaba para la misión de San Buenaventura, que llegaron á San Diego á pocos días de haber salido de allí el barco.

CAPITULO XXXIV.

VIAJE DEL PADRE DE SAN BLAS Á MÉJICO, COPIA DE LA CARTA QUE ME ESCRIBIÓ DESDE TEPIC, Y SUCESOS DEL CAMINO.

Luego que el venerable padre Junipero se vió en tierra de cristianos, dejando su corazón en la de los gentiles de Monterey, se puso en camino de San Blas para Tepic, con el compañero que llevaba, que era un muchacho neófito de los primeros que bautizó en Monterey, el cual le sirvió de mucho, porque se llevó el indio las atenciones de todos, así por el camino como en Méjico y aun del mismo señor virrey, que lo miraba como primicia de esta espiritual conquista. Llegó á Tepic, y habiendo parado en el hospicio de la Santa Cruz de la provincia de Jalisco, me escribió la siguiente carta:

“Viva Jesús, María y José.—Carísimo amigo y mi señor: si vuestra reverencia ha recibido la carta que encargué á los padres de San Diego escribiesen á vuestra reverencia por serme imposible el escribir, ya sabrá de mi embarque, el que por la misericordia de Dios fué feliz, pues á los quince días de hecho á la vela, dimos fondo en San Blas, y desembarcamos el día 4 del corriente. Entonces fué cuando tuve la noticia de haber admitido la total renuncia de sus misiones. Llegado el día 7 á este hospicio de Tepic, donde hallé á los padres Martínez é Imaz, pues los demás ya habian salido para Méjico, supé que vuestra reverencia me habia despachado como para San Diego, el que llegaría poco después de mi salida. Dícame el padre Martínez que el reverendo padre guardian, de varios ministros que todavía quedan en estas misiones antiguas, ha destinado cuatro para las nuevas, y que vuestra reverencia quería saber de mí si necesitaba mas,

“A lo que respondo: que me parece gran lástima que se hayan de ir religiosos que están ahora un paso para volver de tan lejos, multiplicando gastos y trabajo. El padre Cruzado me tiene pedida licencia y le es muy debida

“por lo que ha trabajado y no puede mas. El padre Paterna, á puros ruegos míos puede que continúe, si esto toma mejor aspecto; pero la tiene tambien pedida. Yo tengo pedido tercero ministro para Monterey, para poder yo andar, porque son allá indispensables dos misas todos los días festivos, una para la misión y otra para el presidio. Creeré se alegrarán en el colegio se funden las de San Buenaventura, Santa Clara y la de nuestro padre San Francisco, que con las providencias que espero lograr no ha de ser difícil. Por otra parte, que en unas misiones de tanta distancia hubiese uno ú otro supernumerario, me parece fuera muy conveniente.

“De todo lo cual, en resumidas cuentas, mi parecer sería que de ocho á diez se subiesen arriba hasta mi vuelta ó primera venida del barco, que supuesto que la tornavuelta es fácil como dé viento en popa, no se perdería mucho. Pero dirán que la comida de tantos puede dificultar mi propuesta; á lo que digo: que ahora hay que comer, y que repartidos no les ha de faltar; y espero en Dios que en mucho menos de un año, que creo pueda tardar el sucesivo socorro, no han de perecer.

“Tambien me dice el padre Martínez que vuestra reverencia es uno de los que tienen facultad de ir por el padre guardian, aunque lo dejan á su elección. Si vuestra reverencia determina que allá vivamos y muramos, me será de mucho consuelo; pero solo digo que vuestra reverencia obre según Dios le inspire, que yo me conformo con la divina voluntad. Tambien digo: que mi propuesta del sobredicho número de ministros, es mi ánimo que tenga efecto, si el tenor de la carta del reverendo padre guardian está en términos de alguna interpretacion con que tenga lugar; pero que si redundamente manda que vayan allá cuatro, y que los demás se vuelvan al colegio, ya no digo nada, sino que Dios lo remedie; y en el interior hagamos la obediencia.

“Si hubiese tiempo de escribir lo dicho al padre guardian, tener respuesta y poderla poner en manos de vuestra reverencia antes de la salida de los religiosos, fácilmente se componía todo; pero no considero el caso dable. Yo salgo mañana con el favor de Dios, en seguimiento de mi camino. Me encomiendo á todos mis carísimos hermanos conocidos y no conocidos; y quedo rogando á Dios guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Hospicio de la Santa Cruz de Tepic, y noviembre 10 de 1772.—B. L. M. de vuestra reverencia afectísimo hermano, amigo y siervo

“Fray Junipero Serra.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Padua. Parece que Dios nuestro Señor como dueño de esta su mistica hacienda, atendia á los fervorosos anhelos de su diligente mayordomo, que con

tanta solicitud buscaba operarios para la espiritual labor; pues al mismo tiempo que recibí la copiada carta, llegó á mis manos otra del reverendo padre guardian, con fecha de 11 de noviembre, un día después de la que tenía la del venerable padre Junipero, en contestacion á la que por setiembre le habia escrito yo, proponiéndole lo mismo *in terminis* que por noviembre me dice el venerable padre, y solo le añadía que esperaba cuanto antes su respuesta; y en caso de que se verificase la entrega de las misiones, así lo practicaria, pues no dudaba lo diese su reverencia por bien hecho; á lo que me respondió con la citada fecha las siguientes palabras: “Aprecio lo dispuesto de la ida de los padres á Monterey; solo temo si querrán dar sinodo para el mes de sidio.” Y en vista de esta respuesta subí con otros siete, á mas de los que habia enviado; con lo que vió nuestro venerable padre cumplidos sus deseos de no detener fundacion alguna por falta de ministros.

Seguió el siervo de Dios su viaje para Méjico con el indio neófito de Monterey que llevaba de compañero, y al llegar á la ciudad de Guadalajara, ochenta leguas distante de San Blas y ciento y veinte de Méjico, enfermaron ambos de un fuerte tabardillo ó maligna fiebre, que obligándolos á recibir el sagrado Viático, los puso á peligro de muerte. No sentia tanto el venerable padre la suya como la del indio, por las resultas que podría haber en Monterey, pues no habian de creer sus parientes y compatriotas que habia sido natural la muerte, y para evitar los atrasos que por esto se seguirian, desde luego pedía con todas veras á Dios, como me lo contó varias ocasiones, por la salud del neófito, olvidándose de la suya. Por lo que pudiera sucederle en el camino, habia trabajado un papel de apuntes de todo lo que consideraba oportuno se pidiese á su excelencia, el cual despachó desde Tepic al reverendo padre guardian de nuestro colegio, por si moria en el camino; pero quiso Dios darle salud á su siervo fray Junipero, y al mismo tiempo al indio que lo acompañaba, y luego que medio se reforzaron continuaron su derrota.

Llegaron á la ciudad de Querétaro, que dista cuarenta leguas de la de Méjico; y habiendo pasado en el colegio de la Santa Cruz, recayó el venerable padre con el mismo accidente. Retiróse luego á la enfermería, creyendo que entonces era evidente su muerte, como lo dijo al reverendo padre guardian del colegio, y después me lo contó á mí; y á la tercera visita que le hizo uno de los médicos del colegio, lo mandó sacramentar. La tarde misma que habia de recibir el sagrado Viático fué al colegio por accidente otro de los médicos que no estaba entonces de semana; y habiendo sabido por un religioso que iban á sacramentar al padre presidente de Monterey, queriendo conocerlo entró á visitarlo, mas por curiosidad que por ordenarle medicina algu-

na, pues ni estaba de turno ni se habia llamado. Habló con el enfermo y se informó de él, y tomándole el pulso dijo al enfermero: “Y á este padre van á sacramentar? Si así vamos, tambien me pueden sacramentar á mí. Levántese, padre, que está bueno y no tiene nada: avisen al padre guardian y no lo sacramenten.” Ocurrió el prelado luego lleno de alegría al ver tan repentina salud, y repitió lo mismo: “Si no fuera tan tarde, era ya hora de completas, que concluidas se habia de administrar al venerable padre el divino Sacramento, lo haria levantar pues está bueno; pero mañana que se levante, y después de reforzado podrá continuar su viaje.” Así lo hizo, y llegó á Méjico el día 6 de febrero de 1773, muy cansado, desfigurado y flaco.

CAPITULO XXXV.

FAVORABLES PROVIDENCIAS QUE CONSIGUIÓ DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY PARA LA ESPIRITUAL CONQUISTA.

Tan importante fué la ida de nuestro venerable padre presidente á Méjico, que si no emprendiera tan penoso viaje, estaba en evidente peligro de desampararse lo conquistado, porque como recién entrado en el gobierno el excelentísimo señor baillío frey don Antonio María de Bucareli, se hallaba sin instruccion de lo que era esta conquista, y que dependia su subsistencia del departamento de San Blas, para socorrer por mar estos establecimientos, por no haber otra proporcion, y que todavía no se hallaba entonces razon alguna en el palacio ni del puerto ni de los barcos, siendo el mes de febrero cuando por este tiempo navegaban ya en los años anteriores los barcos para estos puertos; y antes se trataba de desamparar y despoblar el de San Blas.

Decian unos á su excelencia que con entregar al habilitado de la compañía del presidio de Monterey el situado de la tropa y al síndico del colegio los sínodos de los misioneros, ya no habia mas que hacer. Y otros mas piadosos haciéndose cargo de que estos nuevos establecimientos no podian tener comunicacion para proveerse de ropas y víveres sino por mar, decian, que para esto no era necesario el departamento de San Blas: que se podian conducir con recuas hasta las provincias de Sinaloa y puerto de Guaimas, como quinientas leguas de Méjico, y de aquel puerto, decia el proyectista, que con lanchas, que no las hay, se podría trasportar la carga por el golfo hasta la bahía de San Luis, cerca de doscientas leguas; y últimamente de allí con mulas se podría llevar hasta Monterey, que es distancia de trescientas leguas, pobladas casi todas de gentiles. Con que tenian que caminar las cargas de ventuario y víveres ochocientas leguas por tierra y cerca de doscientas por mar, para cuyos factos

solo era necesario todo el sínodo y situado, y dos años para un viaje, cuando no se perdiesen en el camino. En este estado halló mi venerable fray Junipero el punto de provisiones para estos nuevos establecimientos.

Enterado de todo y tomada la bendicion del reverendo padre guardian del colegio, se fué á tratar con su excelencia este asunto; y habiendo sido recibido con afectuosas expresiones, hizo una relacion general del motivo de su ida, á que le respondió el excelentísimo señor virey que haria quanto pudiese en beneficio de aquella conquista, y así que por escrito asentase cuantos puntos considerara oportunos para el bien de ella, así en lo espiritual como en lo temporal. Respondióle el venerable padre que lo haria, pero que no podia menos que suplicar de pronto que se dispusiese la remision de viveres quanto antes, porque si no iba socorro de San Blas, no habia por donde pudiese ir. Al oír esto su excelencia le encargó pusiese por escrito las razones por qué consideraba necesaria la subsistencia del departamento, pues se trataba de despoblar aquel puerto. Con esta primera visita ya empezó á conseguir las favorables providencias que deseaba nuestro venerable padre. En cuanto se retiró para el colegio á poner los informes pedidos por su excelencia, mandó este señor precisa orden á San Blas para que se acabase de construir la fragata que estaba comenzada y mandada suspender su formacion, como asimismo para que se aprontase un paquebot, y que cargado de viveres saliese á toda diligencia para Monterey.

Así se practicó saliendo el San Carlos al mando del capitán don Juan Perez; pero tuvo la desgracia de los malos tiempos, que no dejándolo salir del golfo, lo hicieron arribar á Loreto con el timon descompuesto, y por esta causa imposibilitado de hacer viaje. Descargó allí los bastimentos, y por no haber forma ni medios para conducirlos se originó la mayor hambre que se ha padecido en aquellas tierras, pues en los ocho meses que duró fué la leche el maná de todos, desde el comandante y padres hasta el menor individuo, de la cual fui participante como los demás; pero gracias á Dios todos con salud.

Llevó el venerable padre Junipero el papel pedido por su excelencia con las razones convincentes para que subsistiese el departamento de San Blas, y fué tan á satisfaccion de aquel señor excelentísimo, que despachó el mismo original á la corte y resultó la real orden para la conservacion del citado puerto, y que se le diese todo fomento, como asimismo que su majestad mandase de los departamentos de España siete oficiales de marina, tenientes de navío y de fragata y alférez, como tambien pilotos de armada, cirujanos y capellanes, así para los viajes como para administrar á los del departamento.

Conseguido de su excelencia por de pronto la subsistencia del departamento de San Blas y la

remesa de viveres para estos establecimientos, se puso el venerable padre Junipero á trabajar el otro informe para las providencias correspondientes á la conquista y extension de nuestra santa fe católica. Este lo redujo á treinta y dos puntos, poniendo en cada uno de ellos las razones con que probaba la necesidad de la providencia y la utilidad que de ella se seguiria. Entregó esta extendida representacion en mano propia de su excelencia, diciéndole de palabra las siguientes razones: "Señor excelentísimo, pongo en manos de vuesaencia esta representacion, por la cual verá que quanto digo es la verdad pura, y quanto expongo me parece que en conciencia lo debo decir, porque lo considero muy preciso y necesario para que se consiga el fin que tiene su majestad en erogar tan crecidos gastos, que es la conversion de las muchas almas que por carecer de conocimiento de nuestra santa fe católica, gimen bajo la tirana esclavitud del enemigo, y con estos medios y providencias me parece fácil conseguirla. Espero que vuestra excelencia la leerá y determinará lo que juzgare justo y conveniente, lo cual podrá hacer con el seguro de que tengo que volverme y deaseo ejecutarlo quanto antes; ahora consiga lo que pido, en cuyo caso me volveré contento, y si no lo consigo iré algo triste pero siempre muy conforme á la voluntad de Dios."

De tal manera edificó á su excelencia tan humilde resignacion, que desde luego se constituyó juez, abogado y patrono de la causa. Mandó celebrarse junta de guerra y real hacienda, que presidió el mismo señor excelentísimo; y habiéndose visto y examinado por todos los señores de ella punto por punto la representacion, votaron todos á favor de la conquista, concediendo mucho mas de lo que pedia el venerable padre. Mandó se formara un reglamento que sirviese de norma para el gobierno que debia observarse, y evitar por este medio las novedades que se suelen experimentar por las mutaciones de comandantes, pues gobierna cada uno segun su genio. Aumentóse la tropa, se fundó presidio en San Diego de pronto, y después otro en este puerto de nuestro padre San Francisco, y últimamente otro en la canal de Santa Bárbara. Púsose en orden el modo de proveer á la tropa de viveres y ropas; mandó retirar la de á pié de los voluntarios de Cataluña, y que toda en adelante fuese de cuera, como tambien el capitán comandante, por ser esta tropa la mejor para conquistar gentiles.

Para fomento de las misiones, así fundadas como por fundar, dispuso en el reglamento que á cada una se le diesen seis mozos para sirvientes, pagándoles sueldo y racion de cuenta del real erario por el tiempo de cinco años, así para las obras precisas que se ofrecen en una mision como para el laborio de tierras; á fin de que á su ejemplo aprendiesen, se aplicasen y civilizasen los

neófitos, y otras muchas providencias muy favorables y conducentes á la espiritual conquista, á mas de una gran limosna de maíz, frijol, harina, ropas, etc, que importó mas de doce mil pesos, y cien mulas que mandó se repartiesen entre las misiones.

Para evitar que esta nueva y remotísima provincia volviese en lo sucesivo á padecer necesidades por desgracia accidental de los barcos, consultó su excelencia al venerable padre presidente si convendria descubrir paso por el rio Colorado, para que pudiese esta provincia comunicar por tierra con las de Sonora, Sinaloa y demás de la Nueva España, á fin de que en caso de pérdida de barcos hubiese recurso por tierra para algun socorro.

En vista del billete de consulta de su excelencia, le respondió nuestro venerable fray Junipero, tambien por escrito, que le parecia convenientísimo, como tambien si fuese dable, que se practicara lo mismo con las provincias de Nuevo Méjico ó del Sur, y no bajando de altura del dicho, darian luego con el puerto de Monterey.

Luego que el excelentísimo señor virey vió aprobado su pensamiento por nuestro venerable padre, despachó orden al capitán del presidio de Tubac, de las fronteras de Sonora, nombrado don Juan Bautista Anza, para que con la tropa y viveres necesarios saliese de expedicion á abrir camino desde su presidio hasta el de Monterey, pasando los dos rios Gila y Colorado. Así lo ejecutó, lográndose felizmente la expedicion, como diré adelante.

Con la frecuente comunicacion y largas conversaciones que su excelencia tuvo con el fervoroso fray Junipero en los siete meses que este se mantuvo en Méjico, se le pagó en gran manera el religioso celo de la conversion de las almas y extension de nuestra católica fe y dominios de nuestro soberano; de modo que ya no se le saciaba la sed que le habia causado el continuo trato de tan dulce asunto con el venerable padre acerca de conseguir la reduccion de los gentiles que se habian hallado en el espacioso tramo de trescientas leguas de costas que descubrieron las expediciones; y deseaba saber si mas arriba de lo descubierta estaria poblado de gentilidad, para establecer tambien allí espirituales conquistas. Propúsole al venerable padre, diciéndole que deseaba hacer una expedicion marítima para que se registrase la costa, á fin de ver si estaba poblada y si se encontraba algun puerto para nuevos establecimientos; pero que lo detenía por ahora la falta de embarcacion y de sugetos al propósito.

Al oír esto el venerable padre Junipero, que estaba hidrópico en estos asuntos, pues jamás se le mitigó la sed que padecia en punto de la extension de la cristiandad ni se le proponia dificultad alguna, no solo le alabó el pensamiento, sino que todo se lo facilitó, diciéndole que en la fragata que habia mandado acabar y con el capi-

tan don Juan Perez, tenia su excelencia lo que necesitaba para el desempeño, saliendo de Monterey luego que dejara los viveres y avíos. Era tal el concepto que tenia formado su excelencia del venerable fray Junipero, que sin mas consulta que el parecer de su reverencia, dió las correspondientes órdenes para la citada expedicion, la cual tuvo su feliz éxito que diré en su lugar.

CAPITULO XXXVI.

SALE DE MÉJICO PARA SAN BLAS Y SE EMBARCA PARA ESTAS MISIONES DE MONTEREY.

Luego que el venerable padre Junipero se vió con tan favorables providencias y con tanto socorro (limosna del excelentísimo señor virey) no solo para mantener y vestir á sus hijos neófitos, sino tambien para aumentar el número de ellos, no veia las horas de ponerse en camino, sin reparar en su avanzada edad ni en el habitual accidente del pié, que parece no se acordaba de él, pues no trató de ponerse en cura con tan buena ocasion, sino de ponerse en camino, como lo hizo, por el mes de setiembre de 1773 en compania del padre lector fray Pablo Mugarategui, de la provincia de Cantabria, que le señaló el reverendo padre guardian y venerable disretorio, alegrándose mucho de ello nuestro venerable siervo de Dios, así por tener compañero en tan dilatado viaje, como porque con este se añadia un operario mas en la viña del Señor. Quiso despedirse de la comunidad en refectorio, suplicando al reverendo padre guardian le permitiese el besar los piés á todos los religiosos, como lo hizo, y pidiéndole la bendicion y á todos que le perdonasen el mal ejemplo que les hubiese dado, y que lo encomendasen á Dios, porque ya no le verian mas. Enterneció á todos de tal suerte, que les hizo saltar copiosas lágrimas, quedando edificados desde luego de su grande humildad y fervor para emprender un viaje tan dilatado, estando en una edad tan crecida y con la salud tan quebrantada que casi no se podia tener en pié, recelándose todos no muriese en el camino. Pero poniendo el fervoroso padre toda la confianza en Dios, emprendió su viaje de doscientas leguas por tierra y llegaron sin novedad á Tepic, donde hubieron de demorarse hasta enero del siguiente año, por no estar cargados los barcos en disposicion de salir, pues los estaban cargando. Encargó luego al venerable fray Junipero pusiesen en la nueva fragata que iba para Monterey, los avíos pertenecientes á las misiones del Norte, y en el paquebot San Antonio, que salia para San Diego, todo lo que correspondia á las otras, y que la grande limosna de su excelencia se repartiese en ambas embarcaciones. Dispúsose la salida y se embarcó con el religioso que lo acompañaba el día 24 de enero de 1774, en la nueva fragata nombrada Santiago la Nueva Galicia.